

## V Domingo de Cuaresma

Nos encontramos ya en el umbral de la Semana Santa. El quinto Domingo de Cuaresma llega como para darnos un último momento de descanso y recogimiento, antes de que sigamos estrechamente al Señor Jesús que entra en Jerusalén. Estos son los últimos días de Jesús sobre la tierra. La Iglesia, que ya desde hace muchos días nos está preparando a estos acontecimientos, insiste en que cada uno de nosotros se prepare para la celebración del misterio de la muerte y resurrección de Jesús. La Sagrada Liturgia de este domingo, a través del Evangelio de Juan, pone en nuestros labios la misma petición que algunos griegos, presentes entre la muchedumbre de los peregrinos que fueron a Jerusalén para la Pascua, hacen a Felipe y Andrés: “Queremos ver a Jesús”. Es una petición que hacemos particularmente nuestra hoy, en este santuario. Podemos pensar en dirigirla a María: “Queremos ver a tu Hijo”. Sí, en estos días no queremos apartar nuestros ojos de Jesús. Queremos leer cada día al menos un pasaje del Evangelio para escuchar su voz. Queremos hacer una pequeña obra de misericordia para tocar el cuerpo de Jesús. Son días de gracia para cada uno de nosotros.

Cuando Felipe y Andrés transmiten a Jesús la petición de los dos griegos, él responde que su “hora” ha llegado. Aquella hora que aún no había “llegado” en Caná ahora ya está llegando. Y podemos imaginar el corazón de María en estos días, cuando siente que la hora está a punto de llegar, esta hora. Y María sabe bien que no es una hora de triunfo, no es la hora de afirmar el propio egoísmo, los propios asuntos. Es la hora de la pasión. Para Jesús, en verdad, nunca había habido una hora para pensar sólo en sí mismo, para encerrarse en sus pensamientos, en sus problemas, ni siquiera la hora para huir de Jerusalén, como los apóstoles mismos le instaron a hacer. Jesús no huye, no nos abandona. Somos nosotros, al igual que los apóstoles, quienes huimos y sólo pensamos en nosotros mismos. Y no es una hora fácil. Dentro de unos días rezará con estas

palabras: “Mi alma está turbada, ¿y qué puedo decir? Padre, líbrame de esta hora. ¡Pero para esto he llegado a esta hora! Padre glorifica tu nombre”. Y decide quedarse, aún más, entra en Jerusalén, aunque esto le iba a costar la muerte.

Era muy consciente de ello. Lo había dicho varias veces, escandalizando incluso a los más cercanos a él. Ahora, en forma de parábola, lo repite: “Si el grano de trigo que ha caído en tierra no muere, queda solo; si, en cambio, muere, produce mucho fruto”. No era suficiente para él venir a la tierra, aunque ya con ello mostraba el increíble amor por los hombres; era necesario dar la vida hasta el final, hasta el último instante, hasta la última gota. No es que buscara la muerte. Al contrario, Jesús no quería morir. Pero él quería estar junto a los pobres, junto a sus discípulos incluso a costa de su muerte. Esto es lo que hacen los mártires, esto es lo que hizo monseñor Romero, que fue asesinado porque no quiso callarse.

Jesús no vino a la tierra para “quedarse solo”, sino para dar “mucho fruto”. Y el único modo de dar fruto, es decir, recoger a los dispersos, lo muestra Jesús en el pasaje evangélico: “Quien ama su vida la pierde y quien odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna”. Son palabras que parecen incomprensibles; y en cierto modo lo son, porque son totalmente extrañas para todos nosotros. Todos amamos conservar la vida, mantenerla segura, preservarla, salvarla de la fatiga; nadie está inclinado a “odiarla”, como parece sugerir el texto evangélico. Ciertamente, es un lenguaje que parece duro, en realidad es humano. Jesús quiere decir que aquellos que sólo piensan en sí mismos permanecen solos, aquellos que, por el contrario, pasan su vida amando a los demás, encuentra hermanos y hermanas que nunca lo abandonan. Jesús nos pide que amemos a los demás si queremos dar sentido a nuestras vidas. Y la cruz es la hora en que este amor generoso y gratuito que nos empuja a amar a los demás, más que a nosotros mismos, se manifiesta en su plenitud. Y María

**estaba allí. Había comprendido ese amor. Y también había llevado consigo al joven discípulo.**

**Es una imagen que conocemos bien: en el centro Jesús y bajo la cruz, a un lado María y al otro lado el discípulo. Y estas extraordinarias palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre” Y el evangelista concluye: “Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”. Jesús en el momento del máximo dolor no piensa en sí mismo, como generalmente hacemos nosotros cuando tenemos un problema. No, Jesús piensa en el futuro de su anciana madre y de su joven discípulo. ¡Es un amor verdaderamente divino! Este amor fluye de la cruz también para nosotros. Queridos hermanos y hermanas, dejémonos llevar por María bajo la cruz y acojamos la exhortación de Jesús a reconocer a María como madre de todos nosotros y a nosotros como hermanos y hermanas. Dejemos que el amor de Jesús y María crezca en nosotros. De esta manera alejaremos de nuestro corazón el egoísmo, la frialdad, la indiferencia, y dejaremos crecer el amor, la fraternidad, la compasión por todos y especialmente por los más pobres.**